

Aquí y ahora, bajo este manto húmedo que golpea mi piel cansada, me pregunto por qué siempre me consideraron tan raro. El agua purifica, te hace sentir en contacto con las fuerzas de la naturaleza y aunque sea aberrante para mi especie, nunca me escondí ante mis temores.

Con los ojos cerrados y entre mi respiración tumultuosa, siento el tacto extensivo de las nubes. Preguntarse una y otra vez el como llegué hasta aquí es cosa fácil. Cuando uno da más de lo que tiene, sin medida, traspasando los límites de la coherencia y humillando a tu amor propio por el de otra persona, deduzco que te ocurren estas cosas.

¿Que no tenemos memoria? Díganselo a estos huesos cansados, a estas marcas que me rodean y al poco equilibrio que queda sobre mi inerte existencia.

Aquel día fue el más feliz de mi corta e intensa vida. Aullaba como un loco cuando esos ojos de caramelo me miraron y suplicaron mi compañía. Todo el jaleo de mi alrededor enmudeció súbitamente y desde entonces solo pude ver a través de su vida. Al conocer al resto de su familia me sentí cohibido, como un intruso entre sus dominios. No me dejaban hacer nada con ella y menos sin el consentimiento de ellos. La verdad es que esa fue otra de las partes que más me atrajo de su enigmático poder, su rebeldía juvenil.

Una noche como esta, ella se escapó de casa con la simple intención de averiguar si sus padres la echarían en falta y cuanto tardarían en encontrarla o simplemente buscarla. Yo evidentemente la seguí como la sombra que siempre me consideré y quizás aquella escabrosa noche fue la más feliz y amarga.

A la hora, fuimos encontrados en uno de los parques que rodeaban nuestro entorno y calados ambos de un barro pestilente y juvenil, ella intentó esconder sus vergüenzas detrás de mi atónita incomprensión, pues en ningún momento creí que hiciéramos nada malo. Mi curtida capa blanquecina arrampló con su castigo y vendió mi amor excusándose en una escapada mía.

Mi corazón se partió en pedazos. Yo que tanto di y mostré, fui traicionado a las primeras de cambio y la condena que supuso ese hecho me acompañó cada minuto de mi vida.

Su egoísmo creció a pasos agigantados, conoció a otro y se olvidó de mí. ¿Tan difícil fue para ella el comprender de mi dependencia hacia ella? Jamás di un paso sin ella, cuando la veía triste la animaba con mis juegos y cariños. Nadie mejor que yo intuía su corazón.

Sobre este asfalto helado y después de todo lo sucedido aún necesito sentir el calor de su respiración en aquellas siestas interminables. El recorrido de sus manos acariciando mi cuerpo, cuando la soledad no la dejaba respirar o los recibimientos exaltados que enjugaban sus “días malos”, eran las dosis justas para que mi nublado corazón se dejara engañar por el enmascarado sentimiento de los seres humanos.

No entiendo de tiempos ni edades, solo del amor más profundo por otro ser. Puedo ser cansino en algunos momentos (lo reconozco), demasiado pegajoso, pero es mi única forma de decirte que te quiero y te necesito. Mis ojos muestran la sinceridad más pura y aunque a veces creas que el objetivo que me empuja a ello sea el alimentarme de ti, te equivocas, pues dar es más hermoso y satisfactorio que recibir.

Hoy hace un año que mi pasión me llevó a cometer el mayor error. Lo que empezó como un juego y la simple locura de captar su atención me hizo desgarrar su tersa piel con la furia de mi amor animal. Un simple instinto que nunca será entendido. La reprimenda por aquella fatalidad me lleva hoy sin rumbo por esta calle oscura y solitaria, buscando alimento entre los restos que

los humanos dejáis a merced de los desamparados como yo.

Si aún no sabéis quien soy, es que vuestro corazón todavía debe ser pulido con la humanidad que perdisteis o perderéis en el laborioso camino de la vida. Soy un perro callejero, antiguo animal de compañía de una niña que fue mi vida hasta que se hizo mayor y creyó que como los juguetes obsoletos y pasados de moda, podía cambiarme sin compasión. Líneas atrás os conté como la mordí en un juego inocente y desesperado por acaparar de nuevo un trocito de su mundo, por ello hace hoy un verano me abandonaron en una carretera. Creéis que no sentimos ni padecemos y sin embargo en nuestro lenguaje corporal y visual os mostramos lo que debéis ser en un futuro.

Ojalá el ser humano no creciera nunca o al menos no perdiera la inocencia que como los niños, nosotros mostramos a través de nuestros ojos. El único espejo del alma capaz de atravesar los sentimientos más escondidos y capaces de hacer “más humanos” a los que se dejaron llevar por el “animal” que llevan dentro.

Con este pequeño relato, este humilde escritor os ha querido mostrar una parte que quizás algunos no conozcáis y según mi experiencia deberíais conocer. Toda mi vida renegué e incluso me burlé de las personas que tenían un animal de compañía, en este caso un perro. Pues bien, como siempre la vida nos da lecciones y con ella hace cosa de unos cuatro años vino a mi vida un loco con piel de vaca y unos ronquidos de cerdito. Un bulldog francés rebautizado Blacky y que a día de hoy es mi fiel compañero y amigo. A pesar de mi dureza en algunas ocasiones y mi falta de paciencia en otras, el día que tuvieron que operarle descubrí lo que ellos nos enseñan.....el amor en su máxima expresión. Pase lo que pase, hagas lo que les hagas, estos pobres animales depende de ti como si fueran un recién nacido toda la vida. Por ello quise mostrar la dureza de un abandono pareja al crecimiento de un humano y la perdida de su inocencia. Desde aquí os invito a que no perdamos esa inocencia nunca y que los valores que estos animales nos enseñan los mostremos a lo largo de nuestra vida con causas como estas a las que mis compañeros de pluma y yo nos hemos unido. Si estas leyendo esto, es que estas recuperando algo de tu humanidad, por ello te damos las gracias por tu colaboración. Anima a tus amigos a donar este bonito sueño para los niños con la enfermedad de Rett.